

cometido actos de piratería en un país amigo; y por fin que estaban entregados ya al mismo cónsul español un lancero y siete negros que llevaba de Cárdenas el *Creole* como únicos prisioneros. Está, pues, reconocido por la Autoridad de Cayo-Hueso, el crimen horrendo cometido por los forajidos que Lopez acaudillaba, y no podemos dudar de que el honrado general Taylor vuelva también esta vez por la honra de su nación satisfaciendo á lo que de la justicia de los Estados-Unidos exigen el derecho de jentes, los tratados de amistad, la civilizaci6n de nuestros días y hasta la misma humanidad.

Los bandidos habian arrojado al agua unos seis muertos y desembarcaron de treinta á cuarenta heridos.

"No sabemos si por fortuna ó por desgracia" decíamos al empezar, se han salvado los forajidos en el territorio americano: ajusticiados en esta Isla ofrecerian á los que en el continente vecino eran sus partidarios y se hallaban al parecer dispuestos para auxiliarnos, les ofrecerian decimos el ejemplo vivo que ahora les presentarán del terrible escarmiento que les espera á los que se atreven á insultar nuestra lealtad, y nuestro immaculado pabellón? Qué vengan hemos dicho cuando no sabíamos todavía el número verdadero de los alistados, cuando los periódicos de Nueva Orleans nos ponderaban sus fuerzas: que vengan repetíamos, que cuanto mayor sea su número, mayor será nuestra gloria: nunca el valor y el entusiasmo español han contado al enemigo. Vayan enhorabuena, diremos hoy á nuestra vez: sean los Estados-Unidos los encargados de juzgar y castigar á los piratas, puesto que de su territorio han salido, y bandera americana ondeaba en el *Creole*: puesto que la honra del pabellón americano ha sido insultada por los bandidos, tengan también los Estados-Unidos un medio de vengar la afrenta que sobre ellos han pretendido arrojar los malvados que con su pabellón se cubrían. A nosotros nos bastan las presas hechas: España tiene en sus manos suficientes medios de satisfacerse, y tiene sobre todo la gloria de que un puñado de sus nobles hijos, batiéndose uno contra cuatro fueron suficientes para poner en derrota y fuga vergonzosa á los insolentes invasores.

La campaña ha terminado y la calma ha renacido. Felicitémonos pues de que hayan sido tan exactos los augurios de nuestra primera autoridad: felicitémonos de la singular actividad desplegada por nuestra marina y su digno jefe, á quien tanta gloria ha cabido en estos días: felicitémonos por todas nuestras autoridades y nuestro valiente ejército, felicitémonos en fin por haber mostrado al mundo que somos dignos hijos de la gloriosa España.

Por un artículo que á propósito de los piratas publica la *Aurora de Matanzas* del miércoles vemos que aquella ciudad se ha mostrado no ménos digna que la Habana en estos días de alarma, de esa alarma que es una prueba irrefragable de los sentimientos de lealtad que abraza toda la Isla.

"Matanzas, dice su periódico, ha dado en tales circunstancias una muestra de su sensatez y lealtad. Los vecinos todos así que se difundió la noticia de la invasión de Cárdenas, acudieron á ponerse bajo las órdenes del Sr. Brigadier Gobernador interino Don Antonio García Oña, y pronto la ciudad no ofrecía otro espectáculo que el de un pueblo que se armaba para defender sus mas caros intereses; constituyéndose rondas, y cubriendo los paisanos armados los importantes puestos del vivac, y guardia de la Real cárcel, haciendo iguales servicios en la marina, los matriculados, bajo las órdenes de los Sres. Capitan del puerto y Comandante de estas matriculas.

A la hora en que escribimos estas líneas, se hallan tomadas por la primera Autoridad del país, el Esclentísimo Sr. Gobernador y Capitan General Conde de Alcoy, todas las medidas conducentes á dar un terrible escarmiento á los invasores en el remoto caso de que tuvieran nuevamente la osadía de pisar el suelo de esta privilegiada Antilla, donde en todas épocas hallará la canalla el desengaño que acaba de tener en Cárdenas.

IDEM 25.

Mas abajo hallarán nuestros lectores dos comunicaciones que ha recibido y publicado el *Diario de la Marina*, en que se hace relacion circunstanciada y enteramente de acuerdo con las noticias que hemos dado de la invasión vandálica que acaba de sufrir el pueblo de Cárdenas y del modo heroico con que un puñado de valientes del ejército y del pueblo, le rescataron de cuatriplicadas fuerzas, poniendo á los piratas extranjeros en vergonzosa fuga. Véase por estos pormenores dados ya en horas de calma y por testigos presenciales, que en nada se habian alterado los sucesos; y que lejos de ponderar el valor y patriotismo de nuestros gloriosos defensores y la infame cobardía y criminales instintos de los salteadores extranjeros, habiamos quedado cortos en el ligero bosquejo que nos permitiera hacer de lo ocurrido la premura de su publicacion. Ah! el corazón se ensancha poseido de noble entusiasmo, cuando leemos esas sencillas narraciones, al ver á 17 hombres resistiendo por mas de

tres horas á 400, envueltos entre escombros y entre llamas, al ver despues á uno de esos valientes postrado entre 40 bayonetas, dar la vida que se le concedia si renegaba de su Reina y de su Patria, y á semejanza de los mártires de la antigüedad, morir entusiasmado por nuestra santa causa y aterrando á sus asesinos, con el grito entusiástico de ¡Viva Isabel II!

Y no son solos los hechos consignados en las relaciones de que hablamos los que ha presentado en estos días el patriotismo español. A la elocuentísima leccion que han dado los presidiarios, prefiriendo las cadenas de su condicion desgraciada á la libertad de piratas, juzgándose mas honrados en ser galeotes españoles que soldados de una horda extranjera, hay que agregar la presentacion voluntaria en Cayo-Hueso de ocho prisioneros, siete de ellos negros esclavos, que ó bien convencidos de la barbarie y miseria de los que con vanas promesas querian seducirlos, ó bien prefiriendo la vida tranquila que aqui les brinda la fidelidad, al vilipendio y los peligros de la carrera piratesca, no vacilaron en aprovechar la primera oportunidad que tuvieron de prestar homenaje á nuestras Autoridades, y volver al seno de esta nacion amada, donde siempre han hallado todas las razas, mas humanidad y mas justicia que en ninguna otra de la tierra. A la intrepidez y denuedo que demostraron los soldados y vecinos de Cárdenas y sus inmediaciones para lanzar del pueblo á cuatriplicadas fuerzas posesionadas de él, hay también que agregar el arrojo y valentía con que se lanzaron en el vapor *Pizarro*, también contra cuatriplicadas fuerzas, nuestro bravo general Armero y tripulacion del buque, y el desprecio que hicieron de todos los peligros, y el ansia con que esperaban el instante de caer sobre los fujitivos, sin tener en cuenta su número. No puede oirse hablar de esta campaña marítima sin conmoverse de orgullo y de entusiasmo.

A la media hora de haber divisado por la proa al vapor pirata, ya el *Pizarro* estaba casi sobre él. Ah! cinco minutos mas, una milla mas de distancia á Cayo-Hueso, y el *Creole* hubiera sido deshecho con todos los bandidos por los valientes que le perseguian. Nada hay tan imponente como la actitud del Jefe de este Apostadero en aquellos momentos de ansiedad: de pie sobre la cubierta del vapor solo hablaba para mandar que se avivase la máquina: se andaban 13, 13½ y hasta 14 millas por hora; "Adelante," era la única voz que allí se oia. Nadie hablaba, nadie respiraba, los artilleros, mecha encendida, todos con sus armas correspondientes, solo esperaban y lo esperaban con ansia inesplicable el momento de hacer retemblar aquellos mares con el estallido de su justa venganza. No porque tuvieran que reprimirse ha merecido menos de su valor la Patria; no: mas valor necesitaron sin duda para contenerse en respeto de la neutralidad extranjera, mayor sacrificio se impusieron por la Patria en dominar su Santa ira, que en dar su misma vida á precio del castigo de los fujitivos.

Cuando el traidor Lopez, hizo rendir por medio del incendio á los valientes atrincherados con el señor Teniente Gobernador de Cárdenas en una casa de aquel pueblo, viendo que solo seis ú ocho habian salido de ella, se quedó esperando á la puerta: "Que salgan todos," decia; pero como mas no saliesen, dicen que volvió á esclamar exasperado: "que acabe de salir esa tropa, ó la paso á cuchillo."—"Señor, no hay mas que nosotros," dijo uno de nuestros soldados. El jefe de los piratas extranjeros no pudo creer que aquel puñado de hombres hubiesen resistido á tanta jente y tanto incendio por espacio de tres horas, é hizo registrar la casa hasta convencerse de que efectivamente no habia nadie en ella. ¡Qué admiracion la suya entonces, y qué crueles remordimientos! ¡Qué no le diria el desengaño que acababa de sufrir al contemplar aquellos portentos de lealtad y pundonor militar! No padeceria su amor propio viéndose caudillo de una horda de bandidos extranjeros el que habia militado al lado de los primeros soldados del mundo? ¿Y no habrá por último conocido toda la impotencia y villanía de sus inicuos planes, y la triste suerte que le espera, al dirigir algunos centenares de aventureros desalmados, escoria de todas las naciones contra aquella que humilló, el imperio de la Media luna, que conquistó un mundo, y en este mismo siglo resistió á toda la Europa cuando la Europa toda iba ahrojada al caballo de Napoleon? ¿Puede quedarle en fin alguna duda de que en nada hemos degenerado, mostrándonos ahora como siempre hijos dignos de España?

Pero suspendamos ya la pluma para dar cabida á las comunicaciones del *Diario de la Marina*, que dicen así:

Cárdenas y Mayo 20 de 1850.

Amigos míos: Huyendo de Scila he caido en Caribdis; por evitar los riesgos de eso que anda por ahí tropecé con la maldita falanje de yankees ó de lo que sean, porque en verdad cada uno de ellos es á mi entender hijo de nacion distinta. Todo sea por Dios. Mas al cabo, ya que se ha restablecido la calma, y que puedo escribirles á Uds. sin temor de que algun bandolero me sorprenda, les contaré punto por punto lo ocurrido con toda puntualidad como testigo de vista.

Digo en primer lugar que tengo mas valor de lo que yo me figuraba, porque no he tenido miedo al ver las caricaturas que ofrecian los nunca bien ponderados campeones, acaudillados por D. Narciso Lopez, ni lo tuve tampoco al ver como corrian los unos y los otros atacando y defendiendo, y lo que es mas serio todavía, como me he portado yo disparando mis buenos tiros como cada uno ha hecho en este pueblo contra los gringos, ó lo que es lo mismo contra los enemigos de Dios y de nuestra propiedad.

Ayer como á las tres y media de la madrugada oí tiroteó y un ladrar continuo de los perros, lo cual atribuí de momento á alguna costumbre del pueblo por ser domingo de páscoa. Pero á las cuatro llamaron seriamente mi atencion voces de alarma y griteria y entonces abrí la puerta para ver lo que ocurría. Seguía el fuego granado siempre, y el sereno me enteraba de lo que pasaba. No bien supe que los americanos habian puesto el pié en tierra, salí fuera del pueblo, á donde se dirijió tolo el paisanaje para tratar de defendernos de los piratas.

El apuro mayor para nosotros ha sido que no teniamos armas ni municiones, por estar prohibido tenerlas en la poblacion, que á no haber sido así los forajidos no habrian estado en Cárdenas ni media hora sin haber pagado con sus vidas su temerario arrojo.

Llegado que hubieron los bandidos al puerto en un vapor de mala muerte hicieron una descarga á la guardia que hallaron sin causar desgracia alguna: se apoderaron en seguida del camino de hierro, para que no saliese el tren, y en seguida se dirijieron á la cárcel para poner en libertad á los presos que quisiesen seguirlos. Dijeron estos que si querian, y en su consecuencia les quitaron las prisiones y les abrieron las puertas; mas así que se vieron sueltos se acordaron de que eran españoles y de que debian preferir estar presos á ser traidores, y sin encomendarse ni á Dios ni al diablo se dirijieron todos á casa del Teniente Gobernador.

Este con 12 soldados se hizo fuerte en su casa que es de alto, y estos fueron los tiros que yo oí desde la mia. Amoscados los americanos con la resistencia que les hacian 12 hombres, y calculando que el tiempo es dinero sin duda, creyeron que el camino mas corto es el mejor para quien no tiene escrúpulos de conciencia, y en efecto, prendieron fuego á la casa del Gobernador para hacerlo rendirse con los suyos.

No fué así por entonces, porque mientras tuvieron cartuchos los nuestros hicieron un fuego incesante, salvándose al propio tiempo de las llamas en otra casa vecina. También le prendieron fuego á esta los invasores, que bien merecen el nombre de incendiarios, como volvieron á pegarlo por tercera y cuarta vez á otros tantos edificios, de donde los soldados les dirijian sus tiros. Mas concluidas que hubo las municiones la tropa, incendiado el edificio, sitiados por tan gran número de contrarios, relativamente hablando, y sin esperanza de auxilio por entonces, hubieron al fin de rendirse.

Quedaron prisioneros estos valientes junto con el Teniente Gobernador que á su cabeza habia peleado, y entonces mandó el Sr. Lopez que los vecinos que en el pueblo habia viniesen á apagar el incendio: no quedaban ya á la sazón sino las paredes solas que no hubiesen sido devoradas por las llamas.

Triunfantes momentáneamente los bandidos, y muy ufanos de haber conseguido una tan grande victoria como fué el haber hecho prisioneros á trece, siendo ellos cuatrocientos, formaron pabellones los unos, pusieron las armas en tierra los otros, y se fueron todos á las bodegas á refrescarse las fauces con ron, brandi y coñac. D. Narciso Lopez mientras tanto se paseaba con algunos de los sayos por la plaza de este pueblo.

El vestido de estos bandidos merece singular mencion. Pantalón blanco, una especie de camisa y blusa á la vez de bayeta encarnada, cachucha de hule, cinturón negro etc. Pero ¡qué barbas y qué caras aquellas! En fin las mismas que hemos solido ver en la Habana entre los pasajeros á Chagres. Sigo mi cuento.

Al mediodia, viendo que los vecinos no daban por el timón de presentarse al llamado jeneral expedicionario en jefe, dieron la orden de que todo el que tuviese armas y caballos los presentase. Pero esta orden solo sirvió para que los que tenían uno ú otro montasen en su jaco y se fuesen á Bombá ú otro punto de salvamento. Algunos cojieron de mano armada sin embargo, y montados en ellos á lo Sancho Panza se paseaban por Cárdenas con mucha gravedad, como lo hizo aquel sin duda en su insula Barataria, sin que dejase de haber alguno que dió de bruces en tierra, porque no podia mas con su alma, según era el calibre de la borrahera que llevaba.

Mientras esto pasaba en el pueblo se reunieron fuera de él como veinte lanceros que vinieron de la Sabanilla ó Guamacaro, algunos soldados del destacamento de Cárdenas que habian logrado escaparse y varios paisanos tanto del pueblo como guajiros, que haríamos todos un total de cuarenta y cinco á cuarenta y seis hombres.

Resueltos todos á atacar á los americanos a plaza